

## **SOBRE LA INTEGRACIÓN IMPLÍCITA.**

La primera vez que entré a la sala del tercero medio G2, del colegio Guillermo González Heinrich, hubo algo que llamó de inmediato mi atención. Es Agosto, segunda semana del segundo semestre. Durante la primera mitad del año, en mi práctica profesional, observé cinco cursos distintos del colegio, e hice reemplazos en otros tres. Desde la experiencia vivida en el primer semestre, me enfrenté, ahora, al entrar a este curso que no conocía, a algo a lo que no estaba habituado.

Al entrar a la sala, sentí que la ubicación de los bancos no era la habitual, en relación a la disposición de ellos que había observado previamente en el colegio. Los estudiantes pegaban sus pupitres a los muros y se alejaban lo más posible del centro. Generalmente, en las salas de otros cursos, las sillas y mesas eran colocadas en tres o cuatro filas distintas, con un ancho de dos bancos juntos cada una. En este curso, observé sólo dos filas, cada una pegada a un muro, y en vez de haber una tercera al centro, un gran grupo de estudiantes se ubican, amontonados, o muy cerca del pizarrón, o muy pegados al muro del fondo de la sala.

Sin embargo, el centro no estaba completamente vacío. Algunos pupitres, 6 o 7 de ellos, se encuentran en desorden. Sólo tres de ellos están ocupados por estudiantes. Los otros, vacíos.

Me pareció extraña la disposición, y el hecho de que tres estudiantes estén aislados del resto del curso. Sin embargo, la extraña organización de los bancos no era lo que más me preocupaba. Era mi primera vez en ese curso. Me enfrentaba a estudiantes completamente desconocidos y a los que tendría que hacer clases correspondientes a mi práctica profesional. El hacer clases no me asustaba mayormente, de hecho, estaba acostumbrado. Lo que me preocupaba es que dichas clases, a diferencia de años anteriores, iban a ser observadas y evaluadas por distintas personas. Esto, al igual que la disposición de la sala, era algo también nuevo, y lo que más me preocupaba. Mi pretensión, era ganar experiencia en el curso, conocer a los estudiantes, con el fin de pensar en las estrategias didácticas más apropiadas a utilizar.

Con esta idea en la mente, luego de ser presentado por la profesora guía, me senté cerca del pizarrón, en un lugar en el que, a pesar de la disposición de los bancos, podía observar a todos los estudiantes. Mi objetivo era tomar apuntes de todo lo que pasara en la sala, con el fin de, en las primeras clases, hacerme una idea general del curso. De hecho, esa era mi misión como estudiante en práctica: observar al curso, tomar apuntes, y ayudar a la profesora guía en lo que necesite. Quise que dicha misión pueda serme útil para mis actividades futuras.

Aquella primera clase, a pesar de la extraña disposición de la sala, me pareció un curso no muy distinto del resto del colegio. Focos de desorden, algunos garabatos al aire de los que nadie se responsabiliza, la profesora enojada. Todo parecía en “orden”, habitual. Sin embargo, en el transcurso de la misma, algo comenzó a llamarme la atención. Se trataba, justamente, de los estudiantes que estaban en el centro. En una primera instancia, me pareció que los tres estudiantes estaban apartados del resto. Pero, progresivamente, me fui percatando que esa no era precisamente la situación.

Dos de los tres estudiantes ubicados al centro parecían estar de acuerdo en que cada vez que la profesora volteaba para escribir en el pizarrón, se presentaba el momento justo para jugarle alguna broma al tercer compañero. Las jugarretas iban desde lanzarle trozos de goma a la cara hasta golpearlo en la nuca. Cada vez que los dos estudiantes en cuestión hacían algo en contra de su compañero, los demás en la sala reían, y celebraban los actos. El estudiante víctima de lo que yo consideré un abuso, permanecía impertérrito ante todas las situaciones a las que se veía enfrentado. Esto, hasta la quinta broma en que recibió en su cabeza un trozo de confort mojado con saliva, ante lo cual dio un grito repentino pidiendo que lo dejen en paz: - ¿¡Pueden cortarla por favor!?- . Gracias a su acento, me di cuenta que era peruano.

La profesora se da vuelta y se dirige a quien yo consideraba una víctima, increpándolo duramente por levantar el tono de voz en la clase. -Jimmy, ya está bueno ya pues - Yo interfiere y le comunico a la profesora lo que en verdad estaba ocurriendo. Ella, bajando su tono de voz, se dirige a uno de los acosadores: -Alan, ya hemos hablado de que no tenemos que molestar a Jimmy- .

Quedé perplejo ante la situación. La primera reacción de la profesora, pensé, fue regañar firmemente a quien durante varios minutos estaba siendo agredido verbal y físicamente, y al enterarse de lo que en verdad ocurría, increpa al agresor en un tono mucho más sereno.

Al terminar la primera clase, yo estaba atónito. La forma en que se trataba a Jimmy no fue motivo de reproches, ni siquiera de discusión. Comenzaba a imaginar lo que más tarde comprobaría: el tipo de trato hacia este estudiante era constante, sistemático, y ya formaba parte de la rutina del curso.

Ya en la sala de profesores, sentí necesario preguntar a la profesora por el caso de Jimmy. Mi curiosidad y perplejidad eran demasiado poderosas. No podía entender cómo, lo que yo consideraba un maltrato, podía presentarse de forma tan reiterada

en una clase sin que nadie, ni la profesora guía, ni ningún estudiante, hiciera nada. Naturalmente, no quería que mi pregunta sonara como un intento de increpación. Por esto, le comenté que al parecer Jimmy no se llevaba muy bien con su curso, y le consulté por los motivos.

-Mira- me dijo -. Es verdad que molestan mucho al Jimmy. Igual él se lo busca a veces. Es que viene de un pueblo chico y no cachaba una cuando llegó. Si la primera vez que instalé el data, él quedó como muy sorprendido porque nunca había visto algo así, entonces a veces no sabe como comportarse.

El comentario de la profesora guíame sorprendió un poco. Principalmente porque durante la clase no vi ningún acto de Jimmy hacia otro compañero que justifique una represalia. Mas bien me pareció que las que en un comienzo consideré bromas, y que para entonces ya calificaba de maltrato, nacían espontáneamente, de la nada. Me propuse entonces, la siguiente clase, observar bien a Jimmy para ver si actuaba de forma tal que provocara la molestia justificada de otros.

Durante las siguientes dos clases, me preocupé de observar a Jimmy para ver si notaba algo que justificara el comentario de la profesora guía. Sin embargo se repitió la dinámica de la primera clase. Comentarios como “come paloma”, o “cholo de mierda”, zancadillas, golpes en la nuca, todo lo recibía Jimmy sin siquiera hablar previamente. Cuando los comentarios y golpes eran reiterados y transcurría poco tiempo entre ellos, Jimmy reaccionaba, siempre gritando, ante lo cual era regañado por la profesora guía. A veces, los gritos de Jimmy eran dirigidos a la profesora, exigiendo castigo para quienes lo molestaban. Ella, generalmente, le decía a Jimmy que con gritos no iba a sacar nada, que esa no era la forma de comunicar las cosas. Algunas pocas veces, regañaba a quienes lo molestaban, luego de increpar a Jimmy por gritar en la sala.

Yo, impaciente y un tanto molesto por la situación, fui de a poco, cada vez con más frecuencia, interviniendo cuando veía un maltrato. No pedía explicaciones, ni juzgaba actos, sino que simplemente pedía tranquilidad a aquellos que, tal vez buscando una forma de distraerse de la clase, volcaban su atención hacia Jimmy para hacerle algún comentario desagradable respecto de su procedencia, o simplemente para darle un golpe. Sentía que la xenofobia estaba impregnada en todos, como si fuera un mal que se transmite por el aire y que estuviera saturando la sala. Tenía rabia, pero no me atrevía a interceder directamente. Creí que esto tal vez resultara

perjudicando al muchacho, ya que los demás podían considerar que tenía favoritismos.

En cierto momento pensé que estaba actuando egoístamente. Sin considerar el problema de Jimmy, sentía que los estudiantes se acostumbraban a mi presencia. Es más, sentía que les agradaba. Constantemente me pedían ayuda para resolver las actividades desarrolladas en la clase, me contaban sus preocupaciones, sus motivaciones, preguntaban por mi vida, me decían “usted es buena onda”, “usted cacha caleta profe”. A veces pensaba si era lo mejor no intervenir directamente con el problema. Consideraba que siendo sólo un forastero dentro del curso, mi voz no tendría tanto peso. Pensaba también que tal vez no encaraba frontalmente el tema por miedo a perder el aprecio que de a poco iba ganando. Pero no encontraba respuesta. ¿Cómo ayudar a que el maltrato disminuyera estando seguro de que mis acciones no empeoren más el problema? Ni siquiera estaba seguro de la génesis de todo lo que había observado.

Durante más de un mes, la situación no cambió mucho. Los maltratos continuaban sin que Jimmy hiciera nada, según yo, para provocarlos. Existía un rechazo hacia él, generalizado en el curso. No todos le hacían cosas, pero los que no, simplemente actuaban como si no existiese. Él se defendía con gritos cada vez que se sentía superado. Y yo, no tenía tiempo para conversar con algún alumno del curso, o con el propio Jimmy para comprender la situación. Siempre tenía la misión de hacer alguna labor que no me lo permitía.

Un día, me llamó la atención una situación particular. Dentro del colegio existe un proyecto de integración el cual contempla la inserción a la sala de estudiantes sordos, que reciben el apoyo de educadores diferenciales de forma paralela al desarrollo de clases normales. En general, todo el curso ha aprendido a hablar mediante lenguaje de señas y la convivencia con los estudiantes sordos es bastante buena, según mi criterio. Yo mismo estaba aprendiendo y podía conversar con ellos por lo menos mediante el abecedario. Jimmy también había aprendido a hablar mediante lenguaje de señas y se comunicaba con ellos de manera bastante fluida. De hecho, a pesar de que siempre se sentaba al centro, alejado de la mayoría del curso, se posicionaba lo más cerca posible de los estudiantes sordos y se comunicaba a ratos con ellos. Un día en que conversaba con una compañera sorda, la profesora me pidió que llamara a dicha alumna para darle instrucciones respecto a una actividad. Yo obedecí, y Jimmy quedó sin nadie con quien conversar. Entregada las instrucciones a la estudiante, ésta volvió a su puesto y se sentó. Jimmy se le acercó y le tocó el hombro, al parecer para continuar con la conversación. La estudiante sorda se paró y se dirigió a nosotros dando gritos. Mediante lenguaje de señas, que entendí

perfectamente a pesar de mi insipiente conocimiento del mismo, nos dijo, a la profesora guía y a mi, que Jimmy le había golpeado en el brazo. El resto del curso notó la situación y varios señalaron ser testigos del golpe. Jimmy nos miró y no dijo nada. Tanto la profesora guía como yo, habíamos visto que no existió ningún golpe. La profesora le dice, en lenguaje de señas, a la estudiante, que volviera a su puesto, y que no mintiera, que ella vio lo que había ocurrido. El resto del curso comenzó a pedir justicia. Señalaban que tal vez la profesora no lo notó, pero que ellos habían sido testigos de una verdadera agresión. Afortunadamente, la profesora guía mantuvo una postura consecuente con lo que habíamos ordenado, exigió silencio muy enérgicamente y no se habló mas del tema. Yo me preguntaba el por qué de la situación. Pensaba en el famoso “proyecto de integración”, y que al parecer, este consideraba exclusivamente a aquellos estudiantes que tengan problemas de sordera. Jimmy, al tener sus facultades auditivas en perfecto estado, no podía ser considerado dentro de un marco integrativo institucional.

La semana previa a mi inicio de intervención fue reveladora en relación al caso que tanto me había llamado la atención. Era un día viernes, de consejo de curso, instancia a la que, junto a las clases tradicionales, también asistía por mis deberes como estudiante en práctica. Jimmy se ausentó ese día. La profesora guía pregunta al curso si existe algún tema relevante que se tenga que tratar. Una estudiante se para y dice que sí, que ella, como presidenta de curso, considera que hay un tema muy importante que se debe conversar: Jimmy.

La estudiante señala que Jimmy se ha transformado en un foco de problemas dentro del curso. Lo define como una persona conflictiva, que siempre provoca al resto, que nadie del curso lo tolera y que es natural que no tenga amigos. Era el momento ideal para ver cómo la profesora guía intervenía en el problema. Para mi sorpresa, acepta el hecho de que Jimmy es conflictivo pero señala que es deber de todos crear un ambiente de convivencia positiva. Termina su escueto discurso diciendo que no hay mucho qué hacer, que Jimmy es parte del curso y que por tanto había que aceptarlo.

Naturalmente no quedé nada conforme con la situación. Como el resto del consejo de curso se dio libre para realizar cualquier actividad pendiente de alguna asignatura, me acerqué a un estudiante que escuchaba música; al parecer el tiempo libre no le resultaba provechoso. Al principio hablamos de asuntos personales, me contó sobre su vida, su familia y sus aspiraciones. Cuando sentí que había ganado su confianza (la verdad, fue muy pronto, ya que relataba con mucho ánimo sobre temas eminentemente personales, a veces, sin que yo se lo pidiera) le consulté por Jimmy. Le pregunté si en verdad consideraba que Jimmy era una persona conflictiva.

- Así como conflictivo no profe, pero es que aburre.
- ¿Por qué?
- Es que es medio raro.
- ¿En que sentido?
- Medio pegote
- Pero, ¿lo tratan así porque es pegote solamente?
- No creo profe.
- Es sólo porque es peruano ¿verdad?
- Pucha, yo cacho, igual mal.

Luego, hablamos un rato de otros temas. Terminada la conversación, me quedé pensando en lo conversado sobre Jimmy. Reafirmaba mi teoría de xenofobia, de maltratos sin justificaciones, ni siquiera por revanchismo personal.

En conversaciones con otros alumnos, en variadas ocasiones, los comentarios en relación a Jimmy resultaban muy similares. La mayoría decía no tenerle ninguna simpatía pero tampoco ningún motivo contundente para tratarlo de mala manera. La molestia más generalizada radicaba en la forma de socialización de Jimmy, demasiado directa y, tomándose demasiadas licencias en la interacción con sus pares, siendo que, ellos sentían que no tenía porque sentirse con tanta confianza.

En mis semanas de intervención, la situación fue similar a la que se presentaba cuando sólo tomaba notas y ayudaba a la profesora. Ahora, sin embargo, al tomar mayor control del aula, pude intervenir más por Jimmy, evitando, por lo menos, los golpes, quedando éstos estrictamente prohibidos desde el inicio de la unidad que me tocaba tratar.

Resultó interesante el hecho de que mi unidad implicaba la necesidad de conformar grupos de trabajo que se mantendrían por 5 semanas. Jimmy no tuvo problemas en encontrar un grupo. Claro, los miembros del mismo decían que Jimmy no suponía ningún aporte, pero me llamó la atención que lo acogieron de inmediato en la

conformación de equipos. Más adelante, Jimmy me contaría que en ese grupo se encontraba Miguel ángel, - el compañero que más admiro - me dijo. -¿Por qué?- le pregunté yo. -Porque el siempre me invita a los trabajos en grupo, es el único que lo hace.

El momento en que pude hablar esta y otras cosas con Jimmy se presentó luego de mi proceso completo de intervención, el cual, en relación al caso que aquí trato, no presentó mayores novedades. En un consejo de curso, pedí permiso a la profesora para salir de la sala con Jimmy para conversar un rato. Mi relación con él y, en general, con todo el curso, era a esa altura de bastante confianza, por lo que Jimmy se motivó bastante con el hecho de tener una entrevista personal. La profesora autorizó la salida, ya que sabía que era funcional a mi trabajo en la universidad.

Jimmy se veía muy entusiasmado por la charla. Caminaba con una gran sonrisa y me hablaba de cualquier cosa todo el camino que recorrimos para encontrar algún lugar tranquilo. Cuando lo encontramos, nos sentamos, y le comenté el motivo de la conversación, el cual se vinculaba, le expliqué, con un trabajo en la universidad en el que tenía que analizar un caso que me pareciera especial.

-¿Y usted va a hablar de mí entonces profesor? - me preguntó.

- Sí, Jimmy, la relación con tus compañeros me llama la atención. No se si tienes algún problema o si te incomoda.

- No, profesor. Lo encuentro bacán.

Teniendo su aprobación, le pedí que me contara un poco sobre su vida. No tuve que intervenir mayormente en su discurso, tenía mucho que contar.

Jimmy es oriundo de un pequeño pueblo llamado Pativilca, ubicado a uno 40 kilómetros al norte de Lima. Hasta los 7 años, vivó con sus padres y sus dos hermanos. Considera que tuvo una infancia feliz, en la que su relación con sus primos, tanto en la escuela como en el barrio, es lo que más lo marcó y de lo que más tiene recuerdos. Su madre tenía dos tiendas de ropas, pero, cuando Jimmy tenía 7 años, quebró por la morosidad excesiva de muchos clientes.

La situación económica de la familia se vio negativamente afectada y su madre decidió venir sola a Chile a probar suerte. Aquí encontró trabajo rápidamente y pudo

enviar, durante muchos años, cantidades de dinero suficientes como para darle un buen pasar a su familia. Sin embargo, tras 5 años, el hermano mayor de Jimmy, al cual considera un flojo y un vago, comenzó a tener problemas con mucha gente, incluso con la justicia. Se decidió, a nivel familiar, que lo mejor era que sea enviado a Chile con su madre, lo cual se hizo de inmediato, y comenzó un plan para que toda la familia también lo pudiera hacer, ya que, el padre de Jimmy, no encontraba ningún trabajo estable o suficientemente sustentable. El traslado de toda la familia se pudo realizar recién cinco años más tarde. La demora se produjo por lo difícil que les resultó juntar todos los papeles necesarios. De hecho, el padre de Jimmy reside actualmente de manera ilegal en el país.

Jimmy estaba muy entusiasmado por venir a Chile. Por un lado, extrañaba mucho a su mamá a quien sólo podía ver los veranos. Por otro, había escuchado múltiples historias sobre las ventajas laborales que se tienen en Chile, en cuanto a la facilidad para encontrar ocupación así como por los ingresos en relación al Perú. Esto era muy importante para él, puesto que uno de sus objetivos de vida consiste en tener una buena situación económica.

Me comentó que su llegada a Chile fue bastante positiva. Llegó a comienzos del mes de diciembre del año 2009, y durante todo ese mes aprovechó para compartir lo más posible con su madre. Durante el transcurso de ese tiempo, conoció a la gente de su barrio de residencia, a quienes considera como personas cálidas por el buen recibimiento que, siente, le dieron. Entre esas personas había varios muchachos de su edad que lo integraron a actividades colectivas, como equipos de fútbol, basketball, o paseos grupales en bicicleta. También, le fueron enseñando, poco a poco, cómo es Santiago y cómo funciona el sistema de transporte.

Jimmy relata que sus nuevos amigos Chilenos le hacían bastantes bromas. Sin embargo, no se sentía ofendido por ellas, al contrario, las identificó como parte de la convivencia del grupo, al notar que él no era blanco fijo de ellas, sino que eran aplicadas por todos y entre todos, y constituían momentos de risas, alegrías y hermandad.

Cuando le consulté por su entrada al colegio, el ánimo cambió para mal. - Me trataron mal desde el principio - me dijo. - Desde que me escucharon hablar, me empezaron a decir “p”, o “come palomas”. Yo no entendía mucho la verdad. La primera semana me pegaban y me decían que me iban a reportar para que me echen de Chile. Yo lo pasé mal, profesor, y no entendía nada.



Pude saber que el maltrato comenzó inmediatamente cuando entró al colegio. Le consulté qué es lo que más le molesta de lo que hacen sus compañeros, y cual ha sido la situación más problemática que ha vivido.

- Lo que me ofende son los comentarios que hacen de mi familia y de mi País. Los golpes me dan lo mismo. Una vez me pegaron harto, me sacaron sangre, y me dijeron que si los acusaba me iban a esperar afuera y que me iba a ir peor. Mis amigos del barrio me dicen que les diga quién me molesta, y que ellos arreglan todo, pero a mi no me gusta la violencia, profesor. A veces me dicen que los peruanos venimos sólo a robarles trabajo. Yo les pregunto ¿qué trabajo, si tu no trabajas? Ellos dicen esas cosas, pero yo si trabajo, todos los días, sábados y domingos, en lo mismo que mi mamá, voy a vender antigüedades a la plaza Perú, en el Golf. Ahí hay un caballero que me trata muy bien. Mis compañeros ni trabajan, pero dicen esas cosas y me da rabia. Al principio aguantaba todo, yo soy tranquilo, pero llegó un momento en que decidí que tengo que responder.

- Y ¿tienes apoyo del colegio?- , le pregunté.

- Siento apoyo del director y de algunos inspectores. Ellos son muy buenos conmigo y me aconsejan - me dijo. Su respuesta me sorprendió bastante, porque tanto en el aula, como en la sala de profesores, sólo había escuchado rumores en relación a los directivos en que se destacaba su falta de apoyo en cualquier tipo de situación.

- ¿Le has dicho a tu mamá que te quieres cambiar de colegio?

- Al principio si, - me dijo - pero mi sueño desde chico es ser chef. Decidí quedarme porque una vez hablé por Internet con mis primos del Perú. Yo estaba con mi uniforme del taller de especialidad, el uniforme de chef. Ellos me vieron por la cámara y me felicitaron mucho, me dijeron que estaban muy orgullosos de que esté cumpliendo mi sueño. Eso me marcó, y éste colegio es bueno para ser chef. Ahí decidí quedarme pase lo que pase. Con lo que gano en el trabajo, junto plata para poder estudiar en la universidad. He juntado harto, profesor, como un millón. Algunos compañeros no hacen nada y creen que van a poder estudiar. Eso me da pena.

-¿No te gustaría trabajar menos?

- No, porque puedo comprarme mis cosas. Mi mamá gana apenas para mantenernos a mí y a mis hermanos. Mi hermano mayor es un vago. Mi papá trabaja en la construcción, como no tiene papeles no puede hacer nada mejor. Me gusta tener mi

plata. Todos dicen que están muy orgullosos de mí. Cuando puedo ir al mall con mis amigos, yo pago mis cosas y ellos me felicitan.

- ¿Piensas que puede mejorar tu relación con tus compañeros?

- No, y no me importa mucho en verdad. Sólo quiero ser chef, por eso estoy aquí. Ellos me tratan mal por cualquier cosa, desde el principio, así que es difícil que la cosa cambie.

Noté que se nos acababa el tiempo, muchos cursos ya salían de sus salas. Agradecí a Jimmy lo sincera de la conversación. - Fue muy buenos profesor, muchas gracias a usted - me respondió. Yo sentía ganas de haber intercedido más por Jimmy con sus compañeros. Esperaba haber podido hacer su estadía en el colegio un poco más llevadera. Sin embargo, me tranquilizaba escucharlo. Los maltratos los recibía sólo en ese contexto. Se sentía bien en Chile, por lo menos, según sus palabras.

Mi período de práctica se acababa y la situación entre Jimmy y su curso no daba ninguna señal de cambio. Mi despedida del curso fue normal, muchos se me acercaron, me agradecieron. Para otros no parecía nada especial el que estuviera o no estuviera, y no se acercaron a mí ni hicieron ningún tipo de comentario. Antes de retirarme, el último día, un grupo de estudiantes golpeaba reiteradamente a Jimmy en la cabeza. Me acerqué para interceder por él una última vez. Al irme acercando, Jimmy me mira, y con un gesto de su cabeza, me dio a entender que no, que no debía hacerlo.